



Museo Ramón Gaya

Muñoz Barberán, íntimo

Museo Ramón Gaya

Muñoz Barberán, íntimo

Murcia, 14 mayo / 27 julio 2009

Museo Ramón Gaya

Muñoz Barberán, íntimo

DIRECCIÓN

Manuel Fernández-Delgado

COORDINACIÓN

Isabela Antón

DOCUMENTACIÓN

Victoria Clemente

GESTIÓN

Ana Álamo

Juan Carlos Díaz

Inmaculada Guarinos

Ana Martínez

TEXTO

Fuensanta Muñoz Clares

DISEÑO GRÁFICO

Severo Almansa & Rosa de la Obra Asociados

MONTAJE DE LA EXPOSICIÓN

Adimur

FOTOGRAFÍA DE LAS OBRAS

Javier Salinas

SEGUROS

Stai

IMPRIME

A.G. Novograf / D.L.: MU-1.552-2009

AGRADECIMIENTOS

Fuensanta Clares Pérez
(viuda de Manuel Muñoz Barberán)

Familia Muñoz Clares

Rafael Fresneda Collado

Helena García Muñoz



Portada: Manuel Muñoz Barberán pintando
en una calle de Murcia, h 1990

Derecha: Pintando en la iglesia de la Purísima de Yecla, 1957





Tertulia de pintores y aficionados al arte. Murcia, h 1950



Comida de médicos y pintores. Muñoz Barberán, Medina Bardón y Carpe con el doctor Valenciano. Murcia, 1952

“No sé si me entendéis”

Fuensanta Muñoz Clares

A la sugerencia del título que han tenido a bien ponerle a esta exposición, tan acertadamente a mi parecer, es inevitable que me acudan recuerdos de la intimidad del pintor que es el hilo guía de estos cuadros: pinturas que están en la casa familiar, en las habitaciones de los hijos e hijas, de las amistades más íntimas; paisajes de las ciudades amadas; retratos de las personas queridas. Cada una trae su memoria como de añadido al arte, y también de añadidura el amor con que el pintor miraba lo que era suyo. Todo lo que amaba quería apropiárselo con sus pinceles, en una tarea amorosa inútil, como todas las tareas de amor.

Mas si hablamos de intimidad del pintor, no puedo evitar una imagen, una secuencia de la memoria que va unida indefectiblemente para mí a esta palabra. Llegaba yo a la casa familiar; saludaba a mi madre y le preguntaba dónde estaba mi padre. “En el estudio”, era la habitual respuesta. Y entonces, bajo el sol templado de la primavera, o atravesando claroscuros

bajo el toldo, o protegiéndome de una lluvia otoñal, o en el frío del invierno, me iba para la vieja puerta de madera oscura con el llamador de cabeza de león, en el buen tiempo, o entraba por la parte del despacho, con todos sus libros y su mesa atestada de papeles, si el tiempo era malo, y llegaba hasta el estudio propiamente dicho. Antes de verlo a él, había dos señales seguras de que allí estaba: la música, su constante compañera, y el olor a pintura, a barnices, a madera profunda, a tabaco. Esas sensaciones han acompañado los estudios del pintor, estuvieran donde estuvieran, fueran más románticos o menos, más taller o más estudio. Era el signo de su trabajo y de su intimidad más cercana, pues para él no hubo nunca una línea de separación entre su trabajo artístico y su mundo personal. Ambos aspectos se entremezclaban constantemente; pintaba aquello que quería y aquello que más amaba le impulsaba a seguir pintando. Sus estudios, salvo alguna excepción, estuvieron en la vivienda familiar o muy cercanos a ella.

Así pues, llegaba yo a su santuario, y se levantaba de lo que estuviera haciendo, con



Muñoz Barberán recibiendo la Palma de Plata de manos de Pancho Cossío. Elche, 1962



Pintando el techo del Teatro Guerra, 1988
Foto: Paco Salinas

los ojos claros y agudos, sonrientes, con el pincel, la plumilla o el lápiz, aún en la mano, y si ya descansaba, con el cigarrillo de profundo aroma. Hablábamos, más de lo que una hija suele hablar con su padre. De lo que estaba pintando, de amistades, de casos familiares, de sucesos. Gastaba irónicas bromas; fingía ser quien no era. Le seguíamos el paso y nos reíamos. Pero si alguien tenía en ese momento una gracia especial, algo misterioso que se ocultaba a todo el mundo, una cierta belleza que los demás no veíamos y él sí, se embelesaba mirando y de pronto decía: “Ponte ahí, que te haga un apunte”, o meditaba en voz alta que un día tendría que hacer un retrato de esa persona. Si se habían traído unas verduras, unas frutas o unas flores, se las llevaba al estudio para pintar un bodegón humilde. Se iba enamorando, al paso, de la cotidianeidad, y si se enamoraba, pintaba. Por eso he dicho ya que era una tarea inútil de amor. Inútil en el sentido de lo artístico, pues el arte es gala inmaterial y no necesaria; inútil en el sentido de lo personal, pues la apropiación de aquello que amamos es siempre imposible, incluso si media el arte. No inútil en el sentido de que

las personas que lo quisimos, tenemos ahora algo suyo, lo más importante quizás: su mirada amorosa sobre nosotros mismos, sobre los objetos cotidianos y sobre las ciudades que amó, en las que vivió o que le impresionaron especialmente. No inútil para el espíritu.

Mi padre decía a menudo, y cuando lo decía pensábamos que era halago de padre y no total verdad, que sus hijos eran la obra de la que estaba más orgulloso. Al cabo, pensando en ello, y en conceptos como la vida que se convierte en obra de arte, o el arte que se convierte en vida, concluyo, melancólicamente, y también compartiendo su orgullo, que, siendo algo halagador para nosotros, es verdadero en ese sentido. Su obra es su obra, sus hijos son sus hijos. De ambas cosas podía sentirse orgulloso, sin duda. Pero quizás de lo que más podía preciarse es de habernos unido a su arte en los retratos que nos hizo a lo largo de su vida. Consideraba y amaba a cada persona en su justeza esencial, y cuando decía “Ponte ahí, que te haga un apunte”, sabíamos que estaba mirándonos como éramos, en lo mejor de cada uno de nosotros, con una gran atención amo-



Dando retoques al techo del Concha Segura. Yecla, 1996



Muñoz Barberán en 2001

Derecha: Pintando desde la puerta de *La Verdad* en compañía de Baldo

rosa. Naturalmente, esa atención la dedicó también a las que fueron las dos mujeres de su vida, aquellas que lo cuidaron, una al principio de su existencia, otra durante toda ella y hasta el final: su madre y su mujer. De su madre, Bibiana, un apunte a lápiz en su vejez extrema nos transmite toda la ternura, toda la placidez que aquella mujer siempre inspiró. Retratos de su mujer, de Fuensanta, de la que es nuestra madre, hay muchos y muy hermosos, desde su juventud hasta su plena madurez. Correspondió al gran amor de estas dos mujeres como él sabía, pintándolas, dejándonos su mirada de artista sobre ellas.

Fue el pintor que era mi padre un gran viajero. Gustaba del viaje y odiaba el turismo, no por un soberbio elitismo, sino por respeto romántico al viaje motivado. Se iba a un lugar para hacer algo, no para distraer el ocio. Él viajaba como el que va a un baile a buscar novia. Bailará con varias muchachas pero sólo de algunas se enamorará. Volvía a sus ciudades maternas con la mirada del niño. Maternas tenían que ser, puesto que vivió en ellas con su madre, ya que fue huérfano de padre desde

edad muy temprana. Lorca, Garrucha, Cehegín, eran ciudades maternas para él, y como a la madre de la infancia las amaba. Murcia fue como una madre adoptiva, rica y generosa, que le dio mucho. Florencia y Venecia, pero sobre todo Florencia, fueron esas amantes soñadas que ofrecen en un tiempo toda su belleza, pero a las que hay que dejar un día. Pervivía en él la fragancia de ese recuerdo maravilloso, hasta el último día de su vida. “He estado en Florencia”, le dije al volver del viaje. Y él repitió: “Florencia, Florencia...”, y en su enfermedad brilló una luz por un momento. Una vez nos dijo, a mí y a mi marido, que había muchas ciudades hermosas, pero que Lorca y Florencia las llevaba dentro: se esforzaba inútilmente por explicar ese sentimiento. Y añadió, vencido de la imposibilidad: “No sé si me entendéis”. Creo que lo intuimos. No era algo para comprender, sino para intuir, un tesoro poético que nos acababa de entregar. Un tesoro de la intimidad más suya. Como los cuadros de esta exposición, como lo que se puede ver en las vitrinas. Su mundo personal y amado.



Ventana del estudio
Óleo sobre lienzo
60 x 72 cm







Jazmines
Óleo sobre lienzo
46 x 61 cm



Flor de baladre
Óleo sobre lienzo
23 x 34 cm



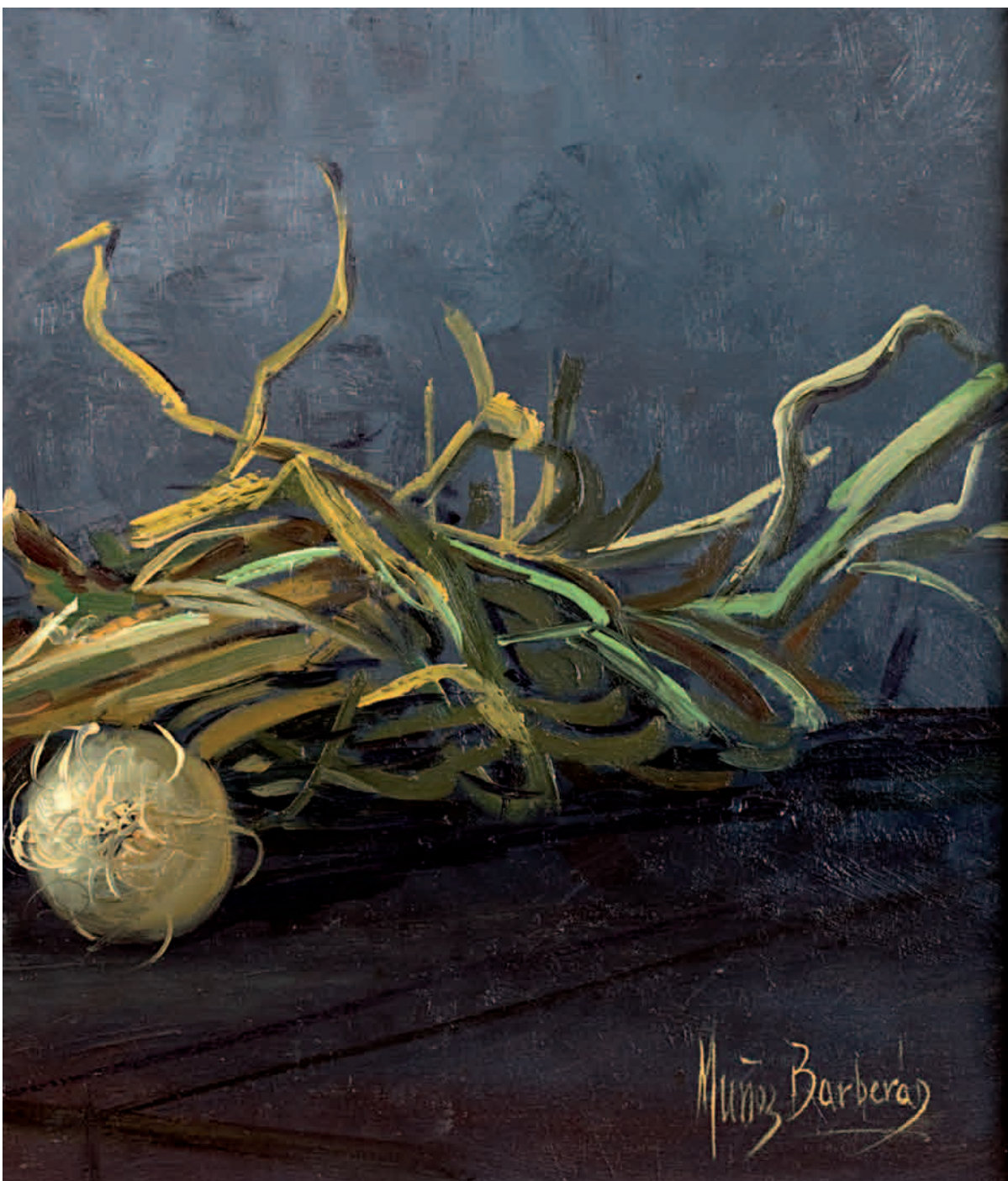
Gladiolos, membrillo y limón
Óleo sobre lienzo
38 x 46 cm



Gladiolos
Óleo sobre lienzo
64 x 80 cm

Página siguiente:
Cebollas
Óleo sobre tabla
27,5 x 46 cm







Bodegón con peras
Óleo sobre tabla
25 x 34 cm



Caracolas
Óleo sobre tabla
24 x 34 cm

Rincón en el patio

Óleo sobre lienzo

145 x 112 cm





Desnudo
Óleo sobre tabla
22 x 13 cm

Tres desnudos femeninos
Óleo sobre tabla
41 x 34 cm





Retrato de Luis
Óleo sobre tabla
50 x 33 cm



Retrato de Bibi
Óleo sobre lienzo
55 x 33 cm

Retrato de Pilar
Óleo sobre tabla
21 x 15 cm





Dibujo de Bibiana Barberán Castillo
Lápiz sobre papel
29 x 23 cm



Retrato de María
Óleo sobre tabla
29 x 44 cm

Retrato de Fuensanta Clares Pérez
Óleo sobre lienzo
81 x 65 cm



Maniqués en caballete

Óleo sobre lienzo

82 x 65 cm





Puerta del Palacio de Buckingham

Acrílico sobre tabla

23 x 33 cm

Teatro italiano. Venecia

Acuarela sobre papel

22,5 x 34 cm



Palacio Ducal. Venecia

Óleo sobre tabla

13,5 x 22 cm

Gran Canal. Venecia

Óleo sobre tabla

13,5 x 22 cm

La Salute. Venecia
Óleo sobre lienzo
73 x 92 cm



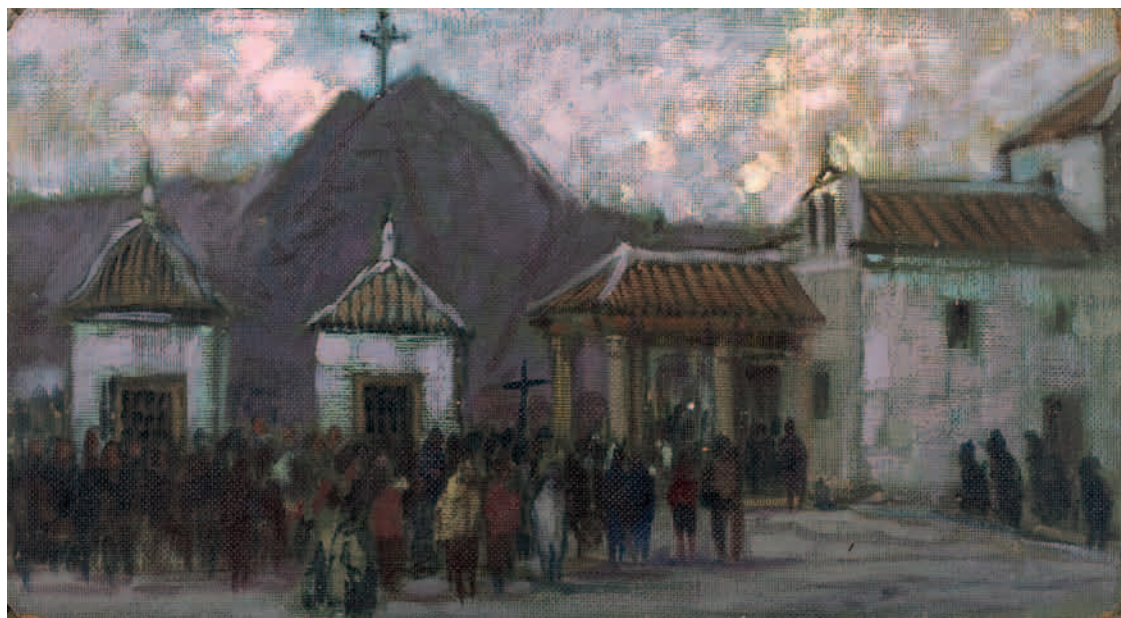




Vendedoras de arrayán. Tetuán. 1993
Óleo sobre lienzo
112 x 145 cm

Fuente. Florencia. 1985
Óleo sobre lienzo
74 x 63 cm





Calvario. Lorca
Óleo sobre tabla
27,5 x 50 cm



Viejo archivo de Lorca
Óleo sobre tabla
22 x 33 cm



Chimenea de la desplantación, Garrucha. 1961

Acrílico sobre tabla

45 x 61 cm

Marina de Águilas

Óleo sobre lienzo

60 x 73 cm



Garrucha
Óleo sobre lienzo
21 x 27 cm



Plaza de Verónicas. 1992
Óleo sobre lienzo
33 x 46 cm



Máscaras
Óleo sobre lienzo
120 x 154 cm



El mercado de la paja. Florencia
Óleo sobre tabla
13 x 22 cm



Macetas a la puerta del estudio. 1992
Óleo sobre tabla
22 x 33 cm

Ofrenda floral a la Fuensanta
Óleo sobre lienzo
180 x 110 cm

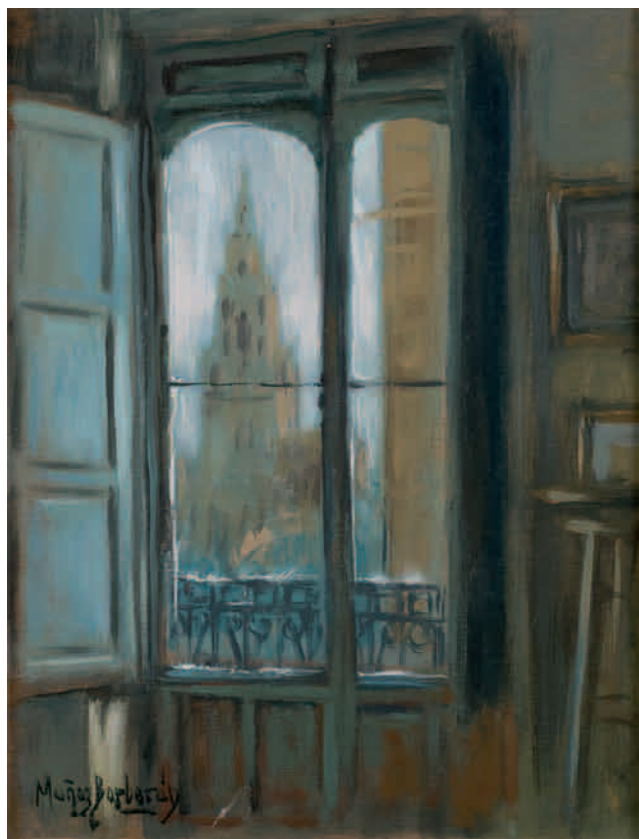




Estudio de Alcantarilla. 1988
Óleo sobre lienzo
98 x 130 cm



Estudio de Alcantarilla
Óleo sobre lienzo
51 x 61 cm



Estudio del puente
Óleo sobre tabla
34 x 26 cm

Estudio del puente
Óleo sobre lienzo
81 x 65 cm





Autorretrato. 1975
Óleo sobre tabla
36 x 28 cm



La mesa del pintor. 1982
Óleo sobre lienzo
65 x 82 cm



Sobre modelo de Leonardo
Sanguina y carboncillo sobre papel
137 x 99 cm